

LA HAZAÑA DE UNA AMAZONA EN EL MAR

PROPIO de hombres fuertes y valerosos es el luchar contra los furiosos huracanes y las tempestuosas olas para salvar las vidas de los náufragos; sin embargo, también han sido muchas las valientes mujeres que han desafiado la muerte y afrontado los mayores peligros para librar a sus semejantes de verse hundidos en el fondo del Océano.

Algunos años ha, una señorita, llamada Gracia Bussell, que vivía en Wallscliffe, en la Australia Occidental, hallábase leyendo en la sala de la casa de su padre, cuando se le presentó un criado indígena para darle la noticia de que un buque había naufragado cerca de la costa, a cosa de siete millas, y que estaba en peligro inminente de estrellarse contra las rocas. A la sazón soplaba un espantoso huracán que agitaba furiosamente las aguas del mar.

Sin vacilar un instante, la señorita Bussell corrió a la cuadra y, montando el caballo de su padre, hermoso y valiente animal, le hizo emprender veloz carrera a lo largo de la costa acompañada por el servidor que le diera la noticia. El buque estaba a unos sesenta metros de la orilla, y las olas lo azotaban con fuerza tal, que era evidente la imposibilidad de que la nave pudiera resistir mucho tiempo.

La tripulación trató de desembarcar a algunos pasajeros, utilizando para ello el bote salvavidas; pero en cuanto la barca se hubo separado del buque, una ola inmensa la cogió, como si fuera un cascarón de nuez, y la volcó de manera que todos sus tripulantes cayeron al agua.

En aquel preciso instante llegó la señorita Bussell frente al buque náufrago e inmediatamente se arrojó al irritado mar, montada en su caballo, al que guió hasta el lugar en que los náufragos del bote luchaban por no hundirse. El criado la siguió también en su correspondiente montura, y los dos consiguieron llevar felizmente a tierra a buen número de los que ya estaban medio ahogados.

La señorita Bussell repitió una y otra vez su hazaña, luchando denodadamente contra el viento y las olas, y no hay que decir las dificultades que hubo de vencer para no caer del caballo. Pero siempre lograba llegar a donde se hallaban las víctimas del naufragio, que pugnaban por conservarse a flote, y cada vez ofrecía a media docena de ellas la oportunidad de asirse a la silla, a las crines o a la cola del noble bruto, ayudándolos a llegar a la orilla.

El peligro era grandísimo, y en cada ocasión que la señorita Bussell obligaba a su caballo a meterse en el mar, después de haber salvado a algunos náufragos, parecía imposible que lo-

grara su valeroso intento, y aun era menos de esperar que consiguiera llegar a la orilla, cuando remolcaba su viviente carga. Pero su arrojo y decisión, así como su extraordinaria habilidad, admirablemente secundada por la fuerza y resistencia de su hermoso corcel, le permitían realizar aquel aparente imposible; y, gracias a sus repetidos esfuerzos, salváronse la tripulación y los pasajeros, entre los que había mujeres y niños. El último tripulante fué conducido a tierra por el criado, Samuel Isaacs, que pudo cogerlo en el momento en que estaba a punto de hundirse.

Una vez, cuando la señorita Bussell llevaba a tierra a cinco o seis personas casi exhaustas, el caballo se enredó las patas en una cuerda y parecía que allí iban a perecer todos; pero la señorita Bussell, maniobrando con gran habilidad, logró desenredarlo. En recompensa de la bravura y del valor inaudito de que la joven dió pruebas en aquella circunstancia, le fué concedida una medalla. A no haber sido por su pronta y esforzada conducta, los pasajeros y la tripulación no habrían tenido probabilidades de salvarse, porque en aquella parte de la costa australiana no había entonces nada a propósito para el salvamento de náufragos.

EJEMPLO DE AMOR FILIAL

La madre de Juan Vigier, era una viuda que tenía cuatro hijos, a quienes difícilmente podía mantener y educar, porque era muy pobre. Algunos buenos amigos consiguieron procurar empleo a los tres mayores, y en cuanto al menor, llamado Juan, muchacho muy listo de nueve años, y que prometía mucho, creyeron lo mejor que continuara en la escuela. Sin embargo, no podían pagársela y ayudar al mismo tiempo a la madre que estaba enferma y, por tal razón, decidieron que ésta fuese al hospital, mientras el niño sería internado en un colegio.

El cura del lugar llamó a Juan a su casa para darle cuenta de esta decisión, y el niño, que era muy curioso, en cuanto se quedó solo, durante algunos minutos, miró un papel que estaba sobre la mesa del sacerdote y vió que era una orden de admisión en el hospital, extendida a nombre de su madre. Alarmado, salió de la casa y regresó a la escuela, en donde se vistió con su traje de trabajo. Entonces volvió a casa del cura y le dijo:

—Lo sé todo, pero mi madre no ha de ir al hospital. Yo viviré con ella y ganaré lo necesario para mantenerla.

El sacerdote trató de disuadir al muchacho, diciéndole que sería mejor para su madre que él se instruyera, porque así podría ganar más dinero que siendo ignorante. Pero Juan no quiso desistir de su empeño, y en cuanto vió que sus hermanos no querían ayudarle a él, vendió sus vestidos y un reloj que le habían dado en la escuela como premio, y con el producto de todo ello compró pastelillos y juguetes de poco precio, y empezó a vender por las calles de Aurillac.

El muchacho supo atraerse con su gracia a muchos compradores y más aún cuando éstos llegaron a saber cuánto amaba y cuidaba a su madre; y prosperó de tal modo, que pronto pudo ganar lo suficiente para mantenerse los dos.

EL AMOR QUE ES MAS FUERTE QUE LA MUERTE

En los turbulentos tiempos que siguieron a la muerte de Julio César, Cicerón y su hermano Quinto fueron inscritos en la lista secreta de las personas a quienes se debía dar muerte. Pero, advertidos a tiempo del peligro que corrían, huyeron de Roma y ya estaban a poca distancia de la costa, cuando recordaron de pronto que apenas llevaban dinero. Entonces Quinto emprendió el regreso a la ciudad, para reunir los medios necesarios, mientras Cicerón prosiguió en la huída. Una vez en Roma, Quinto se encaminó a su casa, pero sus enemigos supieron inmediatamente su regreso y mandaron un des-

tacamento de soldados con orden de darle muerte. Pero el proscripto logró ocultarse tan bien que, aun cuando los asesinos registraron cuidadosamente la casa, no pudieron dar con él.

Esto los irritó tanto, que se apoderaron de un hijo de Quinto y lo sometieron a la tortura para obligarle a que descubriera el escondrijo de su padre. Y aunque el castigo fué terrible y crueles los tormentos, el valiente muchacho se mantuvo firme y se negó a revelarlo.

Una y otra vez renovaron las torturas, y de cuando en cuando, el paciente joven dejaba escapar débiles gemidos que llegaban a oídos de su padre. Quinto soportó por algunos minutos la agonía de oir los padecimientos de su hijo; pero, al fin, saliendo de su escondrijo, se llegó a los soldados y, con lágrimas en los ojos, les rogó que le mataran a él, pero que cesaran de atormentar al inocente muchacho que no había hecho mal alguno ni a ellos ni a su señor.

Mas la compasión era desconocida para aquellos viles asesinos, cuyo cometido no era otro sino el de ejecutar los crueles mandatos de algunos hombres tan criminales como ellos; y al oir las súplicas de Quinto se burlaron de él y de los dolores de su hijo. Dijeron que los dos iban a morir; el padre por haber sido condenado a muerte y el hijo por haber tratado de salvar a su padre.

Con valeroso ánimo se resignaron los dos a sufrir tan cruel destino, pero con el deseo de que el otro viviera algunos instantes más, cada uno quería ser el primero en sufrir la muerte. Los crueles asesinos decidieron el asunto y les evitaron el dolor de que uno de ellos sobreviviera al otro, aunque sólo fuera por un momento, porque se dividieron en dos grupos y decapitaron al padre y al hijo en el mismo instante. Difícil sería hallar en la historia otros ejemplos tan patéticos y conmovedores del mutuo amor de un padre y un hijo.

LA NIÑA A QUIEN SE LE CONFIARON SECRETOS DE ESTADO

EN Oliverio Cromwell vemos un carácter repulsivo, duro con sus contrarios y aborrecible en sus procedimientos. A pesar de esto, fué muy cariñoso con una niña, su nietecita, para la cual siempre estuvo abierto su corazón. Gustaba de tenerla frecuentemente consigo, y cuando la pequeña contaba seis años de edad, solía sentarla en sus rodillas mientras celebraba consejo con sus ministros sobre los asuntos de Estado. Algunos de los ministros creyeron imprudente que una niña les oyese discutir los secretos de Estado, y manifestaron a Cromwell sus temores, el cual les respondió:

—No hay secreto alguno que pueda confiaros a vosotros que no lo pueda igualmente confiar a esa niña.

Queriendo demostrar a sus ministros que aquella confianza era fundada, murmuró, cierto día algo al oído de la pequeña, diciéndole que era un secreto y que no debía decirlo a nadie. Después él mismo hizo que la abuela y la madre de la chiquilla intentasen saber el secreto.

Mas ni amenazas, ni regalos, ni azotes, pudieron hacer desleal para con su abuelo a la nieta puritana. Por fin, renunciaron al intento de saber de ella el secreto, pues sus razones eran decisivas: decía que habiéndole su abuelo confiado un secreto tenía que guardarlo, a pesar de que no quería desobedecer a su madre.

Convenciéronse así los ministros de Cromwell de que, aunque la niña oyese secretos de Estado, no había peligro de que por ella fuesen descubiertos.





UN HOMBRE QUE AMÓ A LOS NIÑOS

GENERALMENTE hablando, hoy día, las escuelas son locales espaciosos y placenteros, y por lo regular los niños y niñas asisten a ellas con verdadera complacencia; pero no siempre ha ocurrido lo mismo. Hace cosa de un siglo, casi todas las escuelas eran lugares tétricos y sombríos y por añadidura, los maestros no se esforzaban en hacer la enseñanza lo suficientemente agradable para que los niños se aficionasen a ella.

No obstante, de cuando en cuando se encontraba algún hombre convencido de la necesidad de dar las lecciones en una forma tan atractiva, que los niños sintieran verdadera satisfacción en estar en la escuela. Uno de estos fué un suizo, llamado Juan Pestalozzi, a quien debemos agradecer muchísimo el desinterés y la abnegación con que puso su tiempo, su dinero y toda su vida, al servicio de la idea que constituía la obsesión de su alma.

Pestalozzi, que amaba mucho a los niños, no pudiendo ver sin lástima la miseria en que vivían casi todos los de su tierra, resolvió hacer por ellos algo que les ayudase a ser a su tiempo buenos y útiles ciudadanos. Compró una hacienda, construyó un gran edificio, y, recogiendo cincuenta niños de los más pobres que pudo encontrar por calles y plazas, se los llevó a vivir consigo a su casa y a enseñarles las labores del campo.

Mas Pestalozzi no era hombre de negocios; apenas hubieron pasado cinco años, echó de ver que había gastado todo su patrimonio y el de su esposa para socorrer a los demás, y que le era preciso renunciar a la posesión de su hacienda. Pero había hecho mucho en favor de los niños, pues dejaba demostrado que éstos podían ser educados y acostumbrados al trabajo; y si bien fracasó su propia escuela, en todos los países hallamos hoy escuelas de artes y oficios semejantes a aquélla. Pero no fué únicamente dinero lo que cedió gustoso Pestalozzi para socorrer a niños y niñas; a ellos consagró también enteramente su vida. En 1798, a consecuencia de las crueldades cometidas por el ejército francés en el cantón de Unterwalden, quedaron huérfanos muchos niños; Pestalozzi, renunciando al punto a las comodidades de familia, recogió ochenta de los más pobres en un antiguo convento, y se dedicó a enseñarles, a jugar con ellos, a hacerles felices.

Desde por la mañana hasta por la noche estaba solo con ellos; él atendía a todas sus necesidades, él explicaba todas las lecciones. «Mis manos estaban en

las suyas,—nos dice él mismo,—mis ojos descansaban en sus ojos, mis lágrimas brotaban con las de ellos, mis risas formaban coro con las suyas. Ellos estaban conmigo y yo con ellos. La sopa que ellos comían era la mía; su bebida era la mía. A nadie tenía conmigo, ni ama de casa, ni amigos, ni criados, sino sólo a ellos. Si se hallaban bien, allí estaba yo en medio de ellos; si enfermos, me encontraban a su lado. Dormía en medio de ellos. Siempre era yo el último en acostarme y el primero en levantarme; y aun en la cama, rezaba con ellos y les enseñaba hasta que quedaban dormidos... y ellos mismos deseaban que obrase de esta manera».

El grabado que ilustra este artículo da una idea de cómo se entregaba Pestalozzi a sus niños y cuánto los amaba.

Pero la vida del abnegado maestro estaba condenada a sufrir rudos desengaños. Después de un año de hallarse en el convento, las tropas francesas resolvieron utilizarlo como hospital, por lo cual la escuela fué disuelta de nuevo; mas no por eso quedó frustrada la existencia de sacrificio y de amor del gran pedagogo. Aun hoy persiste su obra en muchas escuelas de artes y oficios para pobres, en las cuales niños y niñas aprenden a ejecutar trabajos útiles, que los habilitarán más tarde para luchar ventajosamente por la existencia; aun hoy dan fruto sus trabajos, gracias a los cuales se hallan difundidos por todos los países civilizados del mundo, métodos de enseñanza, mejores y más naturales que los que se usaban antiguamente.

LOS MUCHACHOS QUE SALVARON UN BOTE

UN buque de guerra británico, el Seringapatam, se hallaba anclado, una tarde de Agosto, a la altura de Antigua, una de las islas Leeward de las Indias Occidentales. Viendo tan hermoso el tiempo y tan calmada la mar, propusieron algunos oficiales, como magnífica excursión vespertina, un viajecito en una pinaza a una bahía, a dos millas de distancia. El plan fué llevado a cabo, pero al regreso, la embarcación sintió los efectos de la calma.

En los mares tropicales de la India Occidental, acontece no pocas veces que se presenta un huracán casi repentinamente. Así ocurrió en aquella ocasión; de pronto se levantó un temporal de lluvia; zozobró la embarcación, pero cuantos se hallaban en ella pudieron subir a la regala.

La situación era muy peligrosa, por una parte, porque el bote iba a la deriva, y la tormenta, en el momento menos pensado, podía caer sobre los tripulantes con toda fuerza; y por otra parte, porque se hallaban cerca de aguas en donde abundaban los temidos tiburones, peligro éste mucho mayor todavía que el primero.

Entre los oficiales había un valiente guardia marina, de nombre Smith, que dejó asombrados a sus compañeros al decirles que iba a ganar a nado la costa para buscar socorro.

—¡Cómo!—exclamaron.—¿Nadar dos millas en un mar lleno de tiburones?

—Sí—persistió;—no nos queda más recurso.—¿Quiere acompañarme alguien? Yo creo que podré conseguir mi objeto.

Los marinos enmudecieron.

Entonces Palmer, guardia marina compañero de Smith, para no ser vencido en valor y no queriendo dejar a su amigo que arriesgase él solo la vida, se prestó a acompañarle hasta donde pudiese, que quizás no podría mucho, porque, además de no ser excelente nadador, era de complexión algo delicada.

Así, pues, descalzáronse los dos muchachos, quitáronse el gorro y la chaqueta y, después de despedirse de sus compañeros, se arrojaron al agua en dirección a la costa.

Al principio ambos avanzaron mucho; mas los que habían quedado en la pinaza no tardaron en advertir que Smith, poco a poco, había ido llevando considerable ventaja a su compañero Palmer. Durante todo el tiempo, Smith anduvo vigilantísimo a causa de los

tiburones y aun por entre el agua, notablemente clara, llegó a ver dos de ellos muy grandes, por cierto, que pasaban nadando a bastante profundidad debajo de él.

Habían salvado los dos muchachos casi la mitad de la distancia que les separaba de la costa, cuando Palmer, cuyos movimientos eran cada vez más débiles, exclamó:

—No puedo más; continúa tú, Smith.

Pero Smith no era hombre capaz de dejar abandonado a su amigo; por el contrario, acercándose a él, insistió en que le apoyase el brazo en el hombro para descansar unos momentos.

Hízolo así Palmer, y encontró alivio, aun cuando ambos continuaron moviendo los pies, por temor de que anduviesen siguiéndoles los tiburones. Precisamente por este tiempo, estos animales eran visibles sin necesidad de hacer esfuerzos para descubrirlos, pero quizás porque los muchachos llevaban un vestido oscuro y no dejaron de moverse en el agua durante todo el tiempo, no se vieron atacados por ellos. Mientras tanto, el más fuerte de los nadadores hizo cuanto pudo por alentar a su compañero, que casi se hallaba a punto de desfallecer.

Los últimos metros fueron los más difíciles; pero en el momento oportuno, y después de haber nadado por espacio de dos horas, Smith tocó tierra y arrastró a su exhausto compañero hasta la orilla.

Los dos amigos estaban ya en salvo, pero faltaba ir en socorro de los camaradas que habían quedado en la embarcación. Smith corrió al pueblo más cercano y, expuesta la situación de sus compañeros, tripuláronse dos botes que salieron en busca de la pinaza; pero, como por este tiempo empezaba a ser de noche y la lluvia caía a torrentes, pasaron algunas horas antes de que los botes salvadores pudieran conseguir su fin. Además, el Seringapatam arrió unas cuantas embarcaciones y las envió en busca de la pinaza, que al fin fué descubierta a seis millas de distancia.

A los dos valientes se les concedió medalla de plata; y poco después Smith ganó otra por salvar a dos hombres que habían caído de una embarcación al mar.

LA MUCHACHA QUE VENDIÓ SU CABELLO

CUANDO Napoleón intentaba conquistar toda Europa, y nación tras nación caían presa de su voracidad insaciable, Silesia, un territorio alemán, hacía heroicos esfuerzos para rechazar a los ejércitos invasores. En aquella nación, amante de su libertad, todos estaban poseídos de apasionado y ardiente patriotismo y daban cuanto podían para equipar al ejército defensor.

Corría el año 1813. Una muchacha silesiana no tenía dinero alguno que ofrecer a la nación y sus pobres enseres eran de escaso valor. Sin embargo, ardía en deseos de ayudar a sus compatriotas en la lucha contra el invasor.

Un día le ocurrió que para obtener dinero podría vender su abundante y larga cabellera, y con tal propósito fué a Breslau, donde buscó un peluquero y le ofreció sus trenzas. El peluquero no podía comprender por qué quería deshacerse de su hermoso cabello, y la joven tuvo que explicarle el motivo de su determinación. Él entonces aceptó la oferta pero no quiso darle más que dos pesos oro. La cabellera fué cortada y la muchacha volvió a su casa.

El peluquero quedó tan conmovido por aquel ejemplo de sacrificio, que no quiso aplicar aquel cabello a los usos corrientes, sino que lo empleó en hacer varios brazaletes. Divulgóse lo que esta muchacha silesiana hizo por su patria, toda Silesia se enorgulleció del acto, y los artículos hechos con sus cabellos fueron tan buscados que el peluquero obtuvo una cantidad enorme y contribuyó con una suma importante a los gastos de la nación.